

Pumanque

Lo que perdura cuando cae lo material

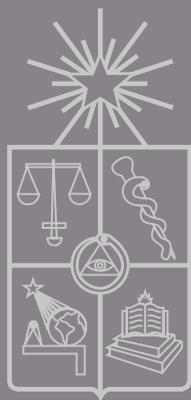


Este libro-obsequio ha sido realizado gracias al trabajo de los/as siguientes académicos/as, personal de colaboración académica, profesionales y estudiantes de la Universidad de Chile:

Alejandra Araya, Alejandra Vega,
Bernardita Eltit, Camila Belliard, Camila Llermaly,
Carolina Franch, Elizabeth Mejías, Francisca Gálvez,
Isabel Pemjean, Lily Jiménez, Lorena Ubilla,
Magdalena Rivera, Marieta Alarcón, Paula Hernández,
Richard Solís, Tamara Mora, Tomás Catepillán

Coordinación editorial: Alejandra Vega
Revisión editorial: Bernardita Eltit
Diseño: María José Larrosa, Giancarlo Zautzik
Dibujo mapas págs. 15 y 30: Amanda Pérez
Mapa Parlante pág. 53: niños/as de la Escuela de Pumanque F372





Universidad de Chile

VICERRECTORÍA DE EXTENSIÓN

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA

CENTRO INTERDISCIPLINARIO DE ESTUDIOS DE GÉNERO

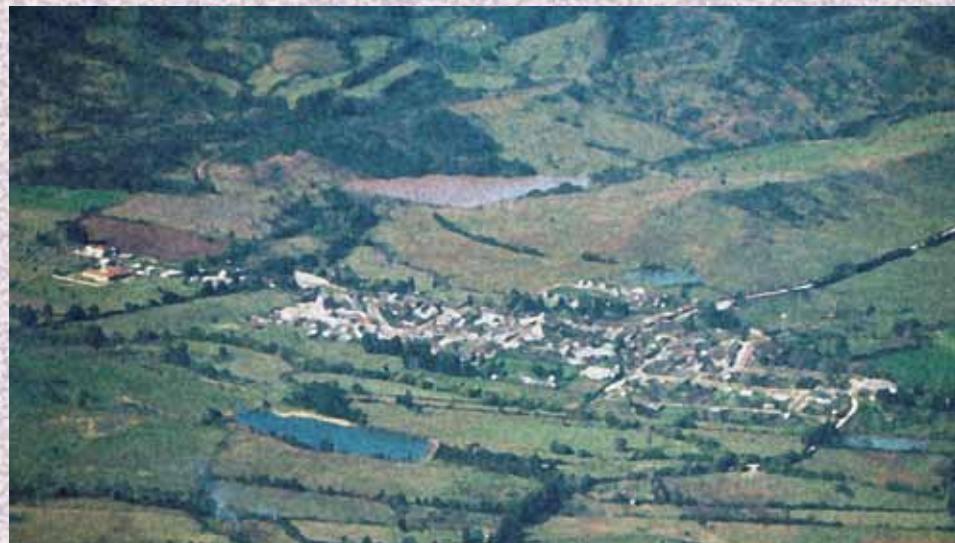
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

CENTRO DE ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS

ARCHIVO CENTRAL ANDRÉS BELLO

Pumanque

lo que perdura cuando cae lo material



Pumanque: lo que perdura cuando cae lo material



Tras el terremoto del 27 de febrero del 2010, la Universidad de Chile, por medio del Fondo Valentín Letelier de la Vicerrectoría de Extensión, convocó a la comunidad universitaria, sus estudiantes, funcionarios/as y académicos/as, a participar de manera activa en el trabajo de reconstrucción que iniciaba nuestro país. Es así como llegamos a la localidad de Pumanque, uno de los lugares afectados por el sismo.

Desde la Facultad de Filosofía y Humanidades, la Facultad de Ciencias Sociales y el Archivo Central Andrés Bello, nos pareció fundamental reconocer la importancia que tienen los espacios en los que nos desenvolvemos y los objetos que nos rodean, depositarios de valores y vínculos que sólo adquieren sentido desde la experiencia de las personas en comunidad. Tras la pérdida de casas y edificios emblemáticos, quedaba un vacío no sólo material, sino también en el ámbito de lo afectivo y en la trama de la vida cotidiana. Recoger unas plantas, ir en busca de las fotos familiares, recuperar bajo la tierra recuerdos mínimos, han sido actos personales y colectivos destinados a hacer un duelo y cerrar un ciclo.

Asumir desde esta mirada la pérdida, implica entender el terremoto no sólo como un hecho catastrófico, de extrema destrucción, sino también como la posibilidad de transformación y articulación entre lo que hemos sido y lo que podemos ser.

La nuestra ha sido una labor conjunta con los habitantes de Pumanque destinada a rescatar y restituir las historias de este lugar. Este trabajo se materializa en este **libro-obsequio**, resultado de dos años de estadías, conversaciones, genealogías, revisión de archivos y recopilación de experiencias en torno a la recuperación de la memoria, historia e identidad de Pumanque. No se trata de un acto nostálgico, sino de valorar relatos de niños y niñas, jóvenes y adultos/as de Pumanque así como la memoria que surge de objetos, cajones, cuadernos, casas, escombros y fotografías, donde se tejen continuidades entre el tiempo pasado, presente y el futuro, con un espíritu de apertura y creación.

Hilvanamos un recorrido hecho a partir de experiencias múltiples y diversas y que recopila fragmentos de algunas voces que emergen en Pumanque, las que se narran desde tres ejes temáticos: el paraje, los lugares de memoria y el patrimonio.

Este **libro-obsequio** es un testimonio del trabajo realizado en conjunto entre los habitantes de Pumanque y el equipo de la Universidad de Chile, expresión de uno de los aprendizajes fundamentales de esta experiencia: una reconstrucción que merezca tal nombre debe ser un proceso participativo y dialogante.

El Villorrio, el paraje



En los libros y documentos más antiguos, Pumanque se relaciona con palabras como *estancia, paraje, tierras, simple lugar y antiguos pueblos de indios*. Este pasado remoto, en que los cerros y esteros arman un paisaje natural que da cabida a un grupo de habitantes dispersos y dedicados a la actividad agrícola, se recuerda hoy en Pumanque, asociado al no tan lejano tiempo de las haciendas.



Desde sus orígenes, la Iglesia se constituye en el punto de articulación del villorrio. El paraje de Pumanque, dice el corregidor de Colchagua Ignacio Salinas y Escorza en 1755, tiene una capilla de la advocación de Nuestra Señora del Rosario. La parroquia, fundada en 1824, es un edificio de “barro pegado con barillas y techo de totora”. Los libros parroquiales que se conservan hoy en la Iglesia, comienzan algunos años después, en 1837. Las historias tejidas en torno a la Iglesia testimonian la fuerza de los terremotos y la voluntad de sobreponerse: una primera edificación, terminada en 1870, se vino abajo con el terremoto de 1906. Una nueva iglesia, construida a partir de 1910, se vio gravemente afectada por los terremotos de 1928 y 1939. Nuevamente reconstruida, la Iglesia se derrumba con el terremoto de 1985.

Según el ánimo y circunstancias, este aislamiento relativo permite reconocer el encanto de sus rincones protegidos, o bien, la distancia y el desamparo:

“Lo mejor de este pueblo es la tranquilidad que todavía tenemos”.

En Pumanque predominaron las plantaciones de trigo y el ganado vacuno, puesto que se encuentra en zona de secano. Por esto la fiesta de las trillas fue de gran importancia durante muchas décadas y el paisaje estuvo marcado por la presencia de los molinos para hacer la harina.

En la década de los 50 se produce un gran “boom” modernizador en la zona, trayendo la luz y el agua potable:

“Eso fue cuando yo tenía 11 años, en el 55 más o menos. Hicieron una bendición grande, se reunió toda la gente para ver como se prendía”.

Posteriormente en los años 70, el panorama económico y territorial se comienza a transformar con la introducción de nuevas actividades económicas, tales como la industria forestal, frutícola y vinícola. Las grandes propiedades cambian de mano, se parcelan, llegan afuerinos y multinacionales que comienzan a hacer un uso distinto de éstas.



Nuevas familias llegaron al pueblo mientras que otros habitantes de la zona emigraron, aumentando la movilidad entre los jóvenes.

Así, en torno a la iglesia y la escuela, la plaza, el comercio y las actividades del municipio se multiplicaron las instancias de convergencia: los trámites, las compras, los ritos, las fiestas religiosas y “el 18”.

En la actualidad, Pumanque es un núcleo administrativo, político, económico, social y cultural que articula sus cinco distritos (Pumanque, Ranquihue, Nilahue Cornejo, Nilahue y Reto) y sus correspondientes localidades, conformando un todo mayor.

Pumanque es una comuna de la Región Libertador Bernardo O'Higgins, en la provincia de Colchagua. Su nombre, en mapudungun, significa Tierra de Cóndores y se fundó administrativamente en 1903. Junto con la decisión administrativa, llegó a Pumanque el Registro Civil, la oficina de Correos y Telégrafos y la presencia de un médico residente, instituciones que se sumaron a la Iglesia y la escuela.



----- La línea punteada indica los caminos antiguos

Nilahue Baraona

Nilahue Baraona debe su nombre a la Familia Baraona, una de las más antiguas propietarias de las típicas haciendas de la zona, la que aún conserva, aunque sus tierras son hoy menos extensas y reúne a menos trabajadores. Respecto de ese pasado hacendal, existen diversas opiniones, desde quienes lo recuerdan como un ambiente protector donde no faltaba nada, hasta quienes lo identifican como una época dura y autoritaria.

“Teníamos que levantarnos a las 5 de la mañana en la casa y calentar porotos fiambres que quedaban del otro día para desayunarnos y tomarnos una tacita de café antes de ir al trabajo para poder estar a las 8 de la mañana [...] caminando media hora y más, a veces una hora. Había que irse con noche cuando teníamos trabajo más lejos”.

Otra de las características fundamentales de esta localidad son las fuertes relaciones comunitarias: misiones, trillas, fiestas religiosas son recuerdos muy vívidos en la mente de las personas pues marcaron un tipo de relación de reciprocidad.



La Gloria

La Gloria está conformada por diferentes hijuelas, con casas dispersas entre sí, lo que ha dado lugar a un modo de habitar que no se ve en otros lados. Allí, la producción estuvo y sigue estando orientada al consumo doméstico:

“Mi papi sembraba trigo, habían piezas llenas de trigo, maíz [...] todos trabajaban; mujeres y hombres trabajaban [...] era el sustento de la familia porque con ese trigo se hacía la harina, había un molino acá”.

Las trillas y las fiestas religiosas eran momentos de convivencia entre sus habitantes, dando lugar a tradiciones que se conservan hasta la actualidad, tales como el canto a lo divino. Las familias también conservan las historias de los abuelos:

“Se llamaba mingaco, acá mingaco no era minga. Decía; ‘ya, el caballero del lado, don José va a trilla, yo le voy a ayudar’. Después don Honorio Padilla cosechaba, don José Lizama iba a ayudar, y así se juntaban los vecinos y todos se ayudaban hasta guardar el último grano de trigo, que eso es bueno”.



Nilahue Cornejo

Es un pueblo casi tan grande como Pumanque. De hecho posee escuela, estadio, comercio y capilla. Sin embargo, se conserva la memoria del tiempo de las haciendas, en que la relación de sus habitantes con Pumanque era mucho mayor, tanto por eventos religiosos, como por necesidades de salud y abastecimiento entre otras.

“En esos años la locomoción, mi mamá nos contaba, que nos llevaba a los controles y tenían que salir en caballo de donde ellos vivían de ahí, en la Quesería. En caballo, cabrita, hasta carreta [...] por ejemplo hacía Santa Cruz, Lolol que eran los lugares más cercanos donde nos podían llevar cuando nos enfermábamos”.



Los Rincones

El nombre alude a varios lugares diferentes: La Higuera, Las Minas, Los Perales y El Sauce. El sello de estas localidades está dado por una geografía accidentada de cerros y esteros. Vivir en Los Rincones estuvo y aún sigue estando marcado por recorridos entre quebradas, puentes y aguas.

“Mire, todos esos cerros caminábamos [...], lo subíamos todo y bajamos para el otro lado, para venir al colegio. Nos decían las codornices. Yo caminaba todo esto [...] cuando llovía, no se puede pasar, poníamos unos palitos y pasábamos [...] antes llovía y la gente quedaba aislada. Semanas completas; había que tener de todo en la casa, faltaba algo y olvídate, había que aguantarse no más”.

Hoy en día se han ido constituyendo más como pequeños pueblos, con sede comunitaria y capillas, mientras que otros se han reducido a una casa. Sea como sea, Los Rincones conservan algo del misterio y las historias fraguadas entre lomas, árboles y esteros.



Desde allí se accede al santuario Agua Santa de la Virgen de Lourdes:

“Nosotros todos los años para el 11 de febrero venimos caminando; a las cinco y media salimos de Pumanque y llegamos caminando arriba, caminamos todo esto, camino para arriba”.

“Recuerdo un lugar muy rústico entre cerros rodeado de árboles nativos, que en un momento se hacían muy tupidos como para proteger la Virgen del Ojo de Agua de los curiosos”.

La Hacienda

La Hacienda de Pumanque abarcaba un territorio muy grande, tenía sus patrones y mayordomos. En tiempos de la Reforma Agraria, los patrones dividieron todo en 34 hijuelas y las vendieron a bajo precio a sus trabajadores, que se organizaron para trabajar la tierra:

“Era una comunidad. Entre todos, vendían eso porque siempre cuando se entrega la cosecha, a plazo la pagan, y sale mejor pagada. Así al chico le cuesta más, porque el chico no puede vender eso. Así tiene que recibir la plata al tiro, el chico quiere decir el más pobre. Entonces, ahí la comunidad se reunían, y decían: hay cinco mil kilos de maíz, lo vamos a entregar a tal molino. Cuando se entregaba, llegaba y se juntaba un tesorero, y decía: ya, tanta plata recibimos, tanta plata le toca a cada uno”.



Peñablanca

“La Peña”, como le dicen, es una localidad de hijuelas y casas dispersas, zona de viñas y vendimias, sin grandes haciendas. Aunque administrativamente corresponde a la comuna de Marchigüe, Peñablanca ha estado ligada a Pumanque y sus localidades por medio de las festividades y la vida social.

“En Peñablanca no había plaza, para conocernos era en los bailes en Pumanque o en Marchigüe”.

“Cuando estábamos jóvenes veníamos aquí a Pumanque [...] uno venía cuando habían carreras. Veníamos un grupito de Peñablanca, unos 6 ó 5, nos juntábamos para las misiones también”.



Lugares de memoria

“Mi vida qué lindo se ve Pumanque, mi vida que con sus calles, corredores sí ayayay. Mi vida es el pueblo más hermoso, mi vida por estos alrededores sí ayayay, mi vida qué lindo se ve Pumanque sí ayayay. De todos los rincones, llego a Pumanque, del Rincón los Perales, también del Sauce, sí ayayay. También del sauce sí, de las higueras, Virintún y La Gloria, son las primeras sí ayayay”

Conjunto Renacer



“Esta era la avenida, a la vuelta había un camino y bajaba hacia la costa, por eso alrededor de este camino se fueron fundando casas, se hizo un caserío, un villorrio”.



“Cuando recién ustedes entraron al pueblo a la mano izquierda había un camino y acá había un monolito, ahí había una casa tan antigua como esta y se llamaba Isaías Gálvez y le decían el Maestro Sapito porque hacía de todo, era panteonero, arreglaba las ruedas de las carretas, arreglaba los fierros, las herraduras, era pero súper. Y él murió como de 110 años. Antes el pueblo llegaba, a ver, una, dos, eran tres cuadras. Las tres manzanas que hay ahí, todo esto de acá era puro potrero”.



Así mismo era Pumanque: un pueblo pequeño con casas, potrero y árboles grandes como el Peumo que todavía está en los corredores. En ese entonces, se entraba desde Población por Manuel Rodríguez, la calle principal, donde estaba el cementerio, algunas casas principales, el comercio y la salida a Los Rincones como en la actualidad.

Luego, esta avenida desembocaba en Luis Baraona donde estaban los corredores, con casas como la de la familia González, la casa del oficial civil Ladino López, y algunas hosterías y negocios. Al llegar a la esquina con Rosario, se pasaba por la Municipalidad, donde también estaba el primer motor de

luz eléctrica del pueblo, y la bodega de las hermanas Muñoz, cuya entrada aún es posible reconocer. Justo a la izquierda, si miramos donde hoy está La Rueda y antes el Retén, se ubicaba el majestuoso negocio de las Muñoz. También por esa misma calle estaba la antigua Posta y el “internado viejo”.

Avanzando hacia la Iglesia se encontraban la casa de los Brown, la de las González “pobres”, como les decían, y la casa de los López, donde había un molino de viento. Por ahí mismo, al lado de la Iglesia y en la proyección de la calle Rosario, seguía el camino hacia la costa. A la derecha, pasando la iglesia y la plaza, se iba para la Gloria y La hacienda. Pumanque siempre se mantuvo conectado con las localidades cercanas. La gente que ayer y hoy transita de la costa al oriente o por las cercanías, siempre pasa por este paraje, que ha construido su propia identidad y memoria.

La iglesia destaca como el lugar en que se fundó material y simbólicamente el pueblo de Pumanque. Sus muros y ritos reunieron, desde un tiempo remoto, a los habitantes del entorno rural. Por eso, muchas de las historias más antiguas que hoy se recuerdan se relacionan con la iglesia, que está estrechamente ligada a la vida colectiva e individual de sus habitantes: bautizos, confirmaciones, matrimonios y las fiestas religiosas que marcan el calendario anual.



“Los matrimonios antes eran a caballo. La comparsa que se llamaba. Los novios iban a caballo, la mujer iba en una montura de silla sentada. En Pumanque el cura los casaba pero la fiesta se hacía donde la novia o los novios”.

Se puede decir que la Parroquia es el corazón de Pumanque, ya que conserva los latidos de muchos gestos cotidianos y es por eso que, una y otra vez, su comunidad la ha construido y reconstruido cuando se deteriora o ha sido destruida por los sismos.

“Ahí empezó la parroquia. No sé cuántos años se demoró..., pero la parroquia se empezó con las fanegas de trigo...y después se recolectó gallinas y eso se hizo plata y ahí se hicieron las bancas para la iglesia”.



Con el terremoto del 27 de febrero de 2010 la iglesia se volvió a derrumbar y solo el altar se mantuvo en pie, al igual que en el sismo de 16 de agosto de 1906. En esa oportunidad la sagrada imagen de la Virgen del Rosario quedó intacta, hecho que se interpretó como una señal de que la iglesia debía ser reconstruida.

“La virgen del Rosario, la patrona de la iglesia, un mes se rezaba la novena de la virgen del Rosario. Y cuando se terminaba una novena, se sacaba una procesión de la iglesia por toda esta calle [...]. Primero va la virgen, después va toda la gente, acompañando a la virgen, después de la gente, la caballería, un huaso de a caballo y después que se llegaba a la iglesia, se ponía en una mesa el anda de la virgen y un desfile de huasos a caballo y después una carrera”.





Los corredores son otra de las construcciones apreciadas por la gente de Pumanque. Mucho más que un mero patrimonio arquitectónico de la zona, estas largas galerías techadas que hacen las veces de acera configuraban un espacio de mediación entre la intimidad del hogar y el ajetreo de la calle. Como tales, marcaban una parte de la dinámica propia de la vida en el pueblo. En este espacio se celebraban comidas familiares, las personas acostumbraban a sentarse a mirar pausadamente el correr de los días, evitando el sol candente o la lluvia intensa. En ocasiones especiales se experimentaba la emoción de los festejos cívicos o religiosos, con sus característicos desfiles y encuentros masivos.

La vida cotidiana se ha tejido en torno a los corredores y los recuerdos personales parecen adosados a sus vestigios. En ellos, confluían casas particulares, la municipalidad, restaurantes y locales comerciales. Eran el escenario de desfiles de todo tipo, desde el tiempo de las haciendas. Cabe destacar que hasta el último terremoto, fue el sitio emblemático para la celebración de las fiestas patrias.



“Todas las casas tenían un escaño afuera; un escaño para tres, cuatro personas, o dos escaños le ponían. Entonces ahí se ponían a conversar en las tarde a tomar fresquito”.

“Esto lo usaban cuando llovía [...] Era como una pasarela, pero preciosa. Yo en bicicleta la andaba las últimas veces, antes que se cayera [...] Y por allá también había por la salida, si yo donde vivo esa casa también tenía corredores, entonces así giraba el contorno”.

“Aquí estamos en el desfile allá abajo, íbamos a bailar cueca... el 18 de septiembre. Soy la mejor de cueca, saqué el primer lugar”.

Los corredores eran la “imagen postal” de Pumanque, las fotografías familiares los tienen como telón de fondo de sus afectos y emociones. Es por esto que el pasado terremoto, hizo de ellos el símbolo de la tragedia del pueblo para sus habitantes:

“Como me duele Pumanque al ver tanta desolación, lo digo con emoción, el corazón se me parte y me dan ganas de llorar de de ver tu avenida principal y tus lindos corredores, pueblo de mis amores ya nunca serás igual”.





La Plaza de Pumanque es especial, no se encuentra propiamente al centro del pueblo, sino que está en el recorrido que une los corredores con la Iglesia. Como no sufrió ningún daño importante con el terremoto, permanece como uno de los lugares en los que todavía se puede estar y disfrutar. Cuando se crea el municipio de Pumanque, en 1904, se da inicio a la construcción de la plaza, con la plantación de palmeras, la fijación de un cerco para evitar la entrada de animales y el establecimiento de una pileta de agua que hasta hoy se conserva. Hoy encontramos allí, además, una imagen de la Inmaculada Concepción:

“Para mí es importante porque se puede hacer picnic, porque está la Virgencita. Algunos van de noche ahí y se ve bonito”.



Muchos de los caminos antiguos tienen historias que nos hablan de apariciones.

“Está la quebrada de la vieja [. . .] un camino allá que queda a la bajada, una cuesta que hay, puras curvas. Decían los viejos que antes, el aguatero que cuidaba el tranque, ahí se le subía una mujer al anca, al caballo, y ahí cuando caminaba más para abajo se desaparecía. Y ese es el cuento de la quebrada de la vieja. Y después encontraron un entierro en una olla de greda, de eso que enterraban los antiguos”.

“Ese es el Puente de La Cruz [. . .] decían que salía el diablo [. . .] y por eso pusieron esa cruz ahí”.





Patrimonio y memoria: lo que los vecinos/as quieren de Pumanque



"Yo digo el dicho de "si se cayó el pueblo de Pumanque cuesta mucho que lo levanten".



Como efecto del terremoto de 2010, la colectividad de Pumanque se enfrentó a la pérdida de edificaciones muy valiosas, lo que ha acarreado no sólo perjuicios materiales sino también el dejar atrás lugares y objetos que han servido como albergue de vivencias, de recuerdo y transmisión.

“Las campanas sonaban pero una maravilla, estaban allá arriba, no están donde están ahora, ahora están quebradas las campanas, no suenan nada [...] se llenaba de gente de todos lados, todos los días, y la gente se confesaba, se rezaba el rosario, habían dos curitas que adoctrinaban a la gente de una y otra manera y se formaba allí afuera una de negocios que venían de afuera, y el negocito chico, tiro al blanco había, juegos, cuestiones de cometa, cosas así”.

Aún cuando el terremoto fue para todos los habitantes de Pumanque una catástrofe, una pérdida y un vuelco radical en las vidas de quienes lo experimentaron, este evento también abrió la posibilidad de repensar aquello que les era más valioso preservar y transmitir como legado a las futuras generaciones. Cuando lo material cayó, el deseo de reconstituirse como colectividad, rescatando los hilos invisibles que sostienen a las y los pumanquinos/as como habitantes de una localidad con identidad propia, emergió con mucha fuerza en nuestros encuentros y conversaciones.

“Nosotros vivimos en Pumanque del año 1949, yo llegué de 4 meses acá porque éramos de Peralillo y los papás antes habían estado en otros lugares, y la mamá acá nos hizo enraizar, ella compró tierras y la casa, así que ahí ya se echó raíz acá y no nos movimos más”.

“Alcanzamos a vivir en esa casa 53 años y sacándole la edad a la casa más o menos debe haber tenido sus 120 o 140 años. Y de este ‘volao’ las murallas, porque era el adobe así de cortadito pero atravesado. Después del terremoto esa casa hubo que volarla con retroexcavadora y ahora ya se está haciendo casa nueva”.

Las relaciones cotidianas entre los habitantes de Pumanque son un tema central en esta experiencia de pensar y sentir cómo se vive después del terremoto. ¿Qué se quiere reconstruir? Volver a levantar la Iglesia y los corredores es un deseo compartido en el pueblo, pues junto con los muros se reconstruyen espacios en los que se materializan las relaciones comunitarias. No obstante, no existe consenso respecto al modo más adecuado para enfrentar las decisiones sobre cómo, qué y para qué reconstruir.



“Están diciendo que no van a construir en adobe, entonces ¿de qué patrimonio me están hablando? Cuando es al revés, para mí es al revés. Si quedó así un poquito de muro, nos enganchamos con que ese pedacito es patrimonio, pero si borras eso y construyes en ladrillo y le pones barro por fuera y aparenta ser patrimonio, eso no es patrimonio”.

“Es muy rico, es muy calentito, es muy acogedor el adobe, es fresquito en el verano, es calentito en el invierno pero los remezones son fuertes. Ya es suficiente con todos los daños”.

Pumanque en la literatura

El mundo idealizado de Colchagua en la novela de Senén Palacios, “Otros tiempos”, de 1923, reúne bajo una mirada conservadora a personajes idealizados y caricaturescos:

Don Renato Téllez, abogado, “descendiente de hidalgos, de vinculaciones sociales y de alargada fortuna, era un tanto orgulloso”

Marta, la hija mayor del patrón, “joven de unos diecisiete años de edad y de formas espléndidas. Traía de abrigo un chalcito de lana granate, cruzado al pecho y atado atrás, y por la espalda caíale, hasta más abajo de la cintura, la maciza trenza de sus cabellos de oro con un lacito azul celeste atado en la punta”.

José Jesús Contreras, “viejo de ojota y poncho verdinegro, con dos piernas arqueadas como dos horcones, encorvado de lomos y muy duro de goznes. Al sacarse la chupalla, con bolsa tabaquera y todo, dejó ver la cabeza venerable atada en roñoso pañuelo de hierbas, y un rostro macilento poblado de silvestres barbas entrecanas”

José Juan Catrileo, el maulino, con “ojotas en la mano y los calzones de mezclilla remangados a la mitad de la nervuda pierna, un rotito moreno y barbilampiño, flexible como un puma y más arrogante de Caupolicán”.

EL MACHETÉ

Poesía de Crítica y Literatura

Otra imagen es la que nos entrega el periódico crítico y literario de Pumanque titulado *El Machete* de 1905. Su director Neftalí Tovar, anarquista declarado, se dedicó a criticar la explotación de los hacendados “no obstante la resistencia y censura del pueblo, riéndose de medio mundo [...] hasta que cayó asesinado [...] por la ira incontenible de una de las víctimas de sus publicaciones”.

AL LECTOR

El machete cinco centavos vale
Con franqueza i confianza
A todos por parejos se las canta
Y dulce, amargo i salado sale

Y DIJO ELLA

A la mujer la sociedad condena
A ser esclava del varon que ama
Intenta remacharle una cadena
Contra la cual el corazón reclama

¡Cuántas veces con torpe autoridad,
Sin que el castigo la razón exija,
El padre ruboriza sin piedad

“Y dijo ella

A la mujer la sociedad condena
A ser esclava del varon que ama
Intenta remacharle una cadena
Contra la cual el corazón reclama
¡Cuántas veces con torpe autoridad,
Sin que el castigo la razón exija,
El padre ruboriza sin piedad

LA PALOMA CONFIA DA

Las vírgenes mejillas de su hija!
Y Cuantas veces con pasión insana,
Cuando la rabia al corazón reposa
Ante la infame sociedad profana
El esposo la frente de la esposa.
Yo he cruzado una tierra de amargura
Donde bajo el misterio de la tarde
Se dilatan los campos sin verdura
Donde el hombre es esclavo y es cobarde.
Yo vengo del país de la miseria
Donde se sufren todos los dolores,
Donde se enerva de hambre la materia
Y es granizo el rocío de las flores...
La Sociedad Futura Juan Grave
Es el bello ideal de mi bandera...
Yo quiero ser tan libro como un ave
Cuando recorre la azulada esfera”.

Reconstruir tiene que ver entonces con reconocerse. Quizás por eso también ese impulso se teje con las evocaciones de la vida del tiempo de las haciendas pues en ellas, por mucho tiempo, se recrearon las redes sociales que cohesionaban a las personas y las vinculaban con el territorio, antes las dificultades y la desolación.

La destrucción del último terremoto se suma así a las migraciones y los cambios tecnológicos que han afectado a Pumanque en las últimas décadas: el tiempo antiguo se convierte en un refugio idealizado para los sobrevivientes. Sin embargo, las imágenes de lo “típico” y lo “pintoresco” asociadas a la vida rural, no incorporan sino una parte de los afectos y emociones de quienes habitan hoy el pueblo.

Instituciones como la Municipalidad, el club de la Tercera Edad “Condoritos”, los “Talleres Laborales”, la iglesia y sus actividades, la escuela, El Club de Huasos, entre otros, permiten y promueven nuevos espacios de encuentro. Como en todo agitado presente, ellas muestran –a diferencia del tiempo ideal de la hacienda- los conflictos de la vida cotidiana, las tensiones entre familias y grupos, las diferencias que coexisten en toda comunidad.



En la voz de las y los niños, el Pumanque del futuro se sueña incorporando lugares de esparcimiento con los que el pueblo no cuenta en la actualidad. Estos lugares - un zoológico, una pista de patinaje, una rampa de skateboard, una pared de graffiti - tendrían como fin integrar sus intereses en el espacio físico de la comunidad.



El énfasis en la reconstrucción material tiende a olvidar o desconocer que las personas otorgan a los espacios que habitan significados, funciones y jerarquías. Las conversaciones sostenidas en Pumanque nos convocan a poner el acento en la pregunta por las formas de vida que se quiere legar, las rutinas, tránsitos, posiciones y usos que hagan de Pumanque un lugar habitable, aún cuando la tierra arremeta nuevamente. Constatamos que la identidad se construye y reconstruye permanentemente. Si las comidas, los textiles, las tradiciones orales, las fiestas o los corredores deben conservarse, no ha de ser sólo como estampas estáticas posibles de ser comercializadas para fines turísticos, sino porque efectivamente son portadoras de un núcleo común que hace las veces de argamasa de quienes se reconocen hoy como pumanquinos/as.

Y este hecho es el que hace de Pumanque un ejemplo de lo que han vivido y lo que desean los habitantes de tantos pueblos y sus familias, de seguro extendidas por todo el país, para cerrar otro ciclo de una catástrofe en Chile.

Agradecimientos

Queremos agradecer a todas y todos los pumanquinos que hicieron posible este libro, ya que no sólo nos brindaron su tiempo y disposición para conversar, sino que además nos acogieron con mucha calidez y buena voluntad durante todas nuestras visitas a su pueblo. Reciban nuestro sentido reconocimiento todas y todos los habitantes de Pumanque y, en particular, las siguientes personas:

Adriana Muñoz, Alicia Schürter Oyarzún, Amada Cristina Rojas Silva, Arsenio Brito Soto, Berta Quinteros, Carlina Córdova, Carlos Castillo, Carlos Cornejo Galaz, Carlos Cornejo, Carolina Galaz, Celia Duque, César Armando Moraga, Constanza Campos Bustamante, Cristián Cabrera (Conjunto Renacer), Darío Ortiz, Domingo Gálvez, Doralisa Jorquera Jorquera, Eduardo Castro, Eliana Gaete, Elizarda Matilde Brown González, Fidel Galaz, Francisco Castro, Francisco Cornejo, Francisco Cornejo “el herrero”, Georgino Jorquera, Gertrudis Guajardo Galaz, Gonzalo Andrés Cabrera Urzúa, Graciela Hinojosa, Ilda Feliza Parraguez, Ivonne Hinojoza, Jerónimo Alejandro Puebla León, José del Carmen Zúñiga González, Juan Gálvez Galaz, Juan Gálvez Muñoz, Juana Rebolledo, Laura Cabrera, Magdalena Gálvez, Marcela Gálvez, Marcelo Concha, María Jorquera Pino, María Rita González Urzúa, María Saavedra, Marina Argomedo, Marina Galaz González, Mercedes Hinojosa, Mirta Núñez, Mónica Bravo (Conjunto Renacer), Olga Cabrera Galaz, Olga Pérez, Olivia Escobar, Orlando Alarcón, Palmerina Gálvez, Palmira Orellana Cornejo, Patricia Brito, Ramón Hernán Barraza Zúñiga, Rojelio Jorquera González, Rosa Inés González González, Sergio Duque Díaz, Silvana Contardo, Sonia Díaz.

También agradecemos a las siguientes instituciones sin las cuales este trabajo no hubiera sido posible: Ilustre Municipalidad de Pumanque, en la persona de su alcalde, Jorge Jorquera González, Escuela F372 de Pumanque y a su directora, Adelina Madriaga Padilla, Parroquia de Pumanque y al presbítero José Vergara Banda, Párroco de Pumanque, Club de Huasos de Pumanque, Club del adulto mayor “Condoritos”, Talleres Laborales de Pumanque.

Referencias bibliográficas

Conjunto Renacer (CD), s/fecha, edición independiente: pág. 28.

El Machete. Poesía de crítica y literatura, año I (1905) n.º 1: págs. 50-51.

Orlando Brown Steinlen, “Estampas Pumanquinas” en Carlos Valenzuela Solís de Ovando, Viejos pueblos de Colchagua, Santiago, Andujar, 1998: págs. 9, 11 y 50.

Senén Palacios, Otros tiempos, Santiago, Imprenta La Ilustración, 1923: pág. 48.

Relaciones geográficas del Reino de Chile, 1756, edición de Francisco Solano, Santiago, Ediciones de la Universidad Internacional SEK, 1995: pág. 9.

Créditos fotográficos

Agradecemos a las siguientes personas que nos facilitaron las fotografías e imágenes que a continuación se indican: presbítero José Vergara Banda, páginas 1, 34 y 43 (centro); Palmira Orellana Cornejo, páginas 7, 25, 29 (centro), 35, 42, 44; Rosa Inés González González, página 8; Jerónimo Alejandro Puebla León, página 13; Arsenio Brito Soto, página 39.

Este libro-obsequio es testimonio del trabajo realizado en conjunto entre los habitantes de Pumanque y un equipo de la Universidad de Chile en torno a la recuperación y puesta en valor de la memoria, la historia y la identidad de Pumanque por medio del relato de sus habitantes.

